

**HOY JUEVES 31
DE MAYO DE 1990**

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

- Como un ladrón en la noche
- La muerte de Juan Pablo I

La noche de 28 al 29 de septiembre de 1978, treinta y tres días después de que había sido elegido Papa y escogido el nombre combinado de sus dos antecesores (Juan XXIII y Pablo VI), Albino Luciani, el antiguo Patriarca de Venecia, fue hallado muerto en su lecho en el Vaticano. Contradicciones e inexactitudes en la información sobre este insólito hecho contribuyeron a que se creara una conjetura terrible, según la cual el predecesor de Juan Pablo II había sido asesinado.

El dramático acontecimiento, y la aún más estrujante hipótesis de que se hubiera fraguado un crimen tan horrendo en el corazón mismo de la Iglesia Católica, dieron lugar a numerosas obras literarias y periodísticas. De la decena de ellas que circularon con profusión en todo el mundo, en México fueron muy conocidas la pieza teatral de Luis G. Baurto, *El candidato de Dios*, y el trabajo de investigación del periodista inglés David Yallop, titulado *En nombre de Dios*. El cogollo de la argumetación de esas obras consistía en decir que altos personajes de la Santa Sede —el propio secretario de Estado, cardenal Vilot, el cardenal Benelli, el arzobispo Marcinkus, jefe de la Banca vaticana, el secretario particular del Papa, John Magee—, habían envenenado a Juan Pablo I para evitar que alterara la doctrina sobre control natal, por ejemplo: o para impedir que sustituyera a

personajes de la Curia por su posición política o su vinculación con escándalos financieros que poco enaltecían la imagen de los depositarios de la verdad y la humildad de Cristo.

Ante la oleada de descrédito que cayó en los años ochenta sobre el Vaticano a raíz de la propagación de tales versiones, el arzobispo John Foley, un prelado norteamericano responsable de las comunicaciones sociales (las relaciones públicas) del Papado, persuadió a un periodista investigador británico, John Cornwell, de que escribiera un libro en que, a partir de entrevistas con todos los implicados, y el acceso a toda clase de fuentes de información, el pesquisante pudiera derrotar la idea de que un Papa había sido ultimado por sus servidores y subalternos. El resultado de esa indagación acaba de ser publicado y cirucla ya en México la versión castellana, bajo el título *Como un ladrón en la noche*, frase tomada de la

primera epístola de San Pablo a los tesalonicenses, que alude al modo, entre subrepticio e inesperado, en que llega la muerte. Un amplio resumen y comentario sobre la versión castellana escrita por Miguel Concha y Bárbara Andrade, ha aparecido en los últimos cinco días en estas páginas.

Cornwell habló con los personajes que tuvo a su alcance. Especialmente centró su atención en el arzobispo Marcinkus, el gigante de origen lituano nacido en Chicago que organizó los primeros viajes papales de la época moderna, y dirige el Instituto de Obras Religiosas, un organismo financiero vaticano, metido hasta las orejas en los problemas de la Banca Ambrosiana. Como se recuerda, en los años setenta este banco quebró en medio de un gran escándalo internacional, y no pocos de los involucrados en su colapso fueron después hallados muertos, por su propia mano, asesinados o en circunstan-

cias ambiguas.

No diremos aquí, para no traicionar el interés que la lectura de esta obra suscita en quienes se aproximen a ella, cuál es la conclusión del autor. Diremos, en cambio, que pese a su pobre redacción (o traducción) es una ejemplar investigación, que conduce a los entresijos de la burocracia vaticana. Formula una antropología de los funcionarios de la Santa Sede, que distan de ser los hombres pacientes, caritativos y generosos que se supusiera por el servicio a que están dedicados. No es que caigamos en la tentación del angelismo, es decir la deformación de quien quisiera una organización eclesiástica libre de pecados, ajena a su condición humana. Pero el chismerío de vecindad, los empellones, la mezquinidad, la sordidez, la ambición mal resuelta que campean en estas páginas obliga a considerar que los designios de Dios deben abrirse camino en terreno poco propio para ello.